

La censura

Patricio Fernández

Da la impresión de que los organismos censuradores cada vez tuvieran menos trabajo. Figuran menos y hasta donde yo tengo noticia no ha habido grandes escándalos ni litigios contra ellos en el último tiempo. Y esto es gravísimo. Sería perfecto si la razón del silencio de los censuradores y tijeateros se debiera a que han ido desapareciendo y a que se quedaron sin respaldo legal y sin respaldo ciudadano. Pero resulta evidente que la causa es otra. Parece que los chilenos nos estamos comportando como alumnos de primera fila, mateos y obedientes, o, peor aún, que nos terminaron convenciendo sus argumentos y ya ni siquiera nos permitimos pensar fuera de sus márgenes. La censura entró en nuestras cabezas. Todo lo que sale de allí, lo que se escapa a la opinión generalizada pasó a tomar la forma del error y de lo violento. Pero en verdad lo violento no es lo que se atreve a ser distinto, sino esa masa anestésica que lo descarta y descalifica. Las posturas políticas forman en Chile un abanico minúsculo. Entre las posturas que existen hay otras mil alternativas esperando y también más allá y más acá de ellas. Y como pensar jamás puede ser lo mismo que imponer ¿a qué se teme cuando se teme a lo diverso?

Lo lamentable es que se habla mucho acerca de la censura y pocos se atreven a revelarse. Los intelectuales, grupo que no necesariamente coincide con el de los inteligentes, suele criticar en la medida de lo aceptable. Trabajan donde mismo trabajan los censuradores, escriben para ellos y en el fondo de sus molleras les rinden pleitesía. No se incorporan a proyectos innovadores o lo hacen desde lejos, desde rincones escondidos a los que no llega la mirada de sus patrones y financistas. Derechas e izquierdas participan casi por igual de esta lógica. Estamos encasillados, apretados en corrales, berreando opiniones tan parecidas como bobaliconas. La diferencia hace brillar las ideas y como las mejores ideas no pueden sino brillar, cuando aparecen se abren camino a codazos y no hay nada que las calle. Como ahora está todo tan callado, sólo cabe sospechar que los chilenos nos convertimos en nuestros propios censuradores y algún tipo de cobardía nos apagó la inteligencia. Habría que ver el modo de que vuelva a ser posible el concurso de todas las palabras, la risa impertinente, la pelea rabiosa, el desacuerdo sin medias tintas, la defensa apasionada de los propios gustos y principios, la discusión moral y religiosa, la irreverencia sin complejos. ¿Se puede amar acaso sin un poco de pasión?